

EN épocas anteriores a la llamada revolución industrial que primeramente nació como se sabe en Inglaterra en 1769 y más tarde se extendió a toda Europa y que fue posteriormente desplazada con la llegada de la electricidad, de aquellos tiempos hacia atrás fue la artesanía con su modernidad de Gremios, etc., lo que obligó al hombre a inventarse artilugios para comodidad de su vida económica y social. El telar, pertenece a esos curiosos mecanismos universalmente empleados y que en Murcia los más remotos que se conocen, por lo menos conservados en estos tiempos vienen a ser de la mitad del siglo XVIII, sin que podamos negar que anteriormente había otros.

En cuanto al Museo de la Huerta, entre las muchas cosas que yo puedo recordar porque afortunadamente las he vivido, puedo dar fe que los dos telares allí instalados y en perfecto funcionamiento, uno de pozo y otro de volante, fueron contruidos con piezas de cinco telares casi desarmados que nos donó —anteriormente tuvo siete— Antonio Ferrer Guzmán que vivía en nuestra Villa en la calle del Comercio en la acera de la derecha entrando por la antigua plaza de los López, hoy de Juan XXIII. Tuvimos la suerte de que en 1966 con restos de los telares de Ferrer Guzmán, los montara su pariente Pepe Ferrer, (a) el Botones, a quien tengo que agradecerle públicamente su ánimo e interés poniéndose voluntariamente a mi disposición, como también lo hizo al director de la instalación D. Manuel Jorquera Aragoneses, que era como técnico y responsable experto en su trabajo el que se interesaba por conocer el ensamblaje y nombres de la diver-

sidad de piezas de que se compone un telar. Me parece oportuno tocar este tema de los telares del Museo, porque he oído y leído algo inexacto de cómo llegaron allí los dos telares que Pepe el Botones dejó en práctico y perfecto funcionamiento.

Hoy, sería difícil encontrar por estos pagos a una persona que entendiera el manejo de estos telares de antigüedad de varios siglos antes de C. si se trata de los manuales, pues la gente también vestía cierta clase de vestidos o manteos o ropajes que se comenzaron seguramente con el algodón, pues las antiguas civilizaciones han dejado numerosos restos de sus tejidos. La Biblia ya menciona el algodón, el lino en Egipto, el cáñamo en el norte de Europa, la lana en los países mediterráneos y la seda en la antigua China. El antiquísimo tejido de cualquier clase, tuvo manera o forma de confeccionarse hasta que en la mitad del siglo XVIII se implantó la mecanización.

Con telares manuales, existen en nuestro Museo algunos cortinajes, caminos de mesa, mantas de huertano, etc., que se fabricaron a mano en los telares de Mula de los señores Viñeglas, quien me regaló dos lanzaderas.

Ya montados, estos telares a finales del siglo XIX, se instalaron posteriormente otras máquinas más modernas, permaneciendo algunos de estos antiguos telares en funcionamiento comercial, aunque tengamos que decir el Sr. Viñeglas encariñado con el Museo de la Huerta, no cobró nada por los trabajos de sus tejidos donados a este Centro.

Hemos dicho que tenemos dos telares, el de volante y el de pozo. En este el tejedor se coloca a nivel más bajo porque

ocupa el centro de la armadura entre las dos bancadas de obra, teniendo en cuenta que este telar no tiene volante, tiene el tejedor que pasar a mano la lanzadera a través de las urdimbres, razón por la que esta clase de artilugio es más antiguo que se fabricaban durante el siglo XIX paños de catorce, de dieciocho y veinticuatro centenares de hilos de urdimbres. Todos los accesorios que compone cada una de estos dos clases de telares, están expuestas junto a ellos, como son rastrillo, los peines, palletas, estrella de julio, llaves, cilindros, pisaeras, corcio de mezcla de colores y caldereta para los tintes y las lanzaderas que casi todas adoptan la forma de proa de nave. Había, y aún existe un mortero grande de mármol blanquizo con su mano de madera para marchar el “borrás”, el “rabián” (cáscara de granada) que se empleaba para lograr tintes intensos.

Recuerdo que Pepe el Botones dio una relación de antiguos tejedores que había en Alcantarilla y que él había conocido. Se dio la circunstancia de que había dado los nombres de los demás, pero no había dado el suyo propio. Así que deberíamos comenzar por la persona que nos donó las piezas necesarias para construir los dos telares que tiene el Museo, Antonio Ferrer Guzmán de la calle Comercio, nº 10; Pilar Lorente de la calle de San Sebastián nº 6, Fulgencio Sánchez Espada calle de la Cuesta, nº 6; Flora López Giménez, calle Ramón y Cajal, nº 24; Francisco Jara Beltrán, calle Calera nº 3; Esteban López Ferrer calle Marqueses de Aledo nº 24; Dolores Ferrer Vázquez, calle de la Cuesta nº 10; Pedro Ferrez Vázquez, su hermano en Marqueses de Aledo nº 25; total unos sesenta telares en Alcantarilla.

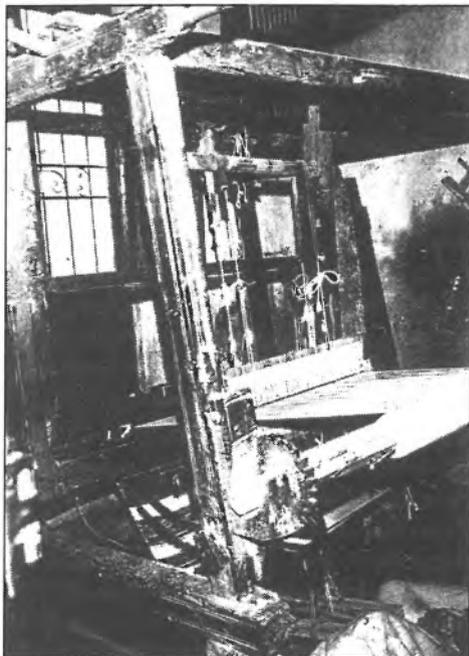
Debemos recordar que Salud Ferrer,

hermana del donante de nuestros dos telares que montó Pepe el Botones hasta dejarles en pleno funcionamiento, tenía una casa, su vivienda en la calle Comercio nº 10 que era un verdadero Museo, prometiéndome varias veces a mí, que cuando ella faltara, parte de lo que había allí, cerámica, metalistería, un arca, una cama, alguna que otra joya antigua y otras cosas de valor etnográfico irían al Museo a parar. Poseía una pequeña como bacía o palangana o jofaina que Manuel Jorquera Aragonese hizo dos fotografías y señaló que era pieza única en España. Recuerdo que durante su vida, se negó radicalmente a donar nada, pese a las numerosas visitas que Aragonese y yo, hicimos a su casa. Algunas veces solo la visitábamos por el regusto de admirar la gran colección de enseres apropiados para nuestro Museo. Debemos confesar que lo ofrecido por ella no era la totalidad de lo que poseía, sino una aproximada quinta parte. En cambio su hermano Antonio que se ilusionó algo cuando vio la seriedad y garantías que se ofrecían por parte del Museo a sus donantes en calidad definitiva unas veces, en depósito otras y vendidas (—estas son las menos, si exceptuamos las compras que hicimos a los gitanos de verdadera “ganga” según Aragonese y otros expertos—) porque el Museo un poco antes de su inauguración fue tomando un aire de expectación y curiosidad por parte del público murciano, dando lugar a mentalizarse la gente de que sus donaciones estaban expuestas y aseguradas y bien guardadas, hasta darse el caso de una vez inaugurado faltaba espacio y sobraban fondos. Cuando el antiguo pabellón de la artesanía detrás del Museo lo convirtieron en almacén que por cierto ardió en 1980, estaba repleto

de objetos museográficos, ardiendo —cosa muy rara— la colección de armas de fuego antiguas que costó bastante trabajo el poderlas reunir. Antonio Ferrer fue partidario y aconsejó a su hermana donar en vida lo que tuviera que dar.

Los telares han sido en Alcantarilla una principal fuente de trabajo y de producción; de refajos, de cobertores, mantas y lienzos para zaragüelles; de ahí la conocida norma de las Ordenanzas de la ciudad de Murcia de que “ningún talero sea osado de hazer zaragüeles ajustados”, porque en tiempos de los gremios todo el trabajo artesano estaba diseñado y reglamentado con fuertes obligaciones para ser cumplimentadas por los maestros y oficiales.

Para terminar, en una de nuestras vitrinas de corte angular, existen en parte de la exposición cuatro dioramas con los títulos siguientes: Visita a la encajera, Los novios, Acunando al zagaliquio y el busabo de la sea. Lo de acunando al zagaliquio, dio lugar a una carta abierta en el periódico de un visitante que mencionamos en uno de nuestros libros sobre el Museo, aclarando el comunicante que en nuestro dialectal estilo murciano no cabe el ACUNANDO y habría que poner: “abruzando al zagaliquio”; de lo que yo estoy de acuerdo; y que alguna vez se tendrá que rectificar. En este trabajo vamos a prescindir de los encajes, de los bolillos, de los bordados, etc., —que eso



Uno de los telares instalados en nuestro Museo.

no lo fabrican los telares— y más bien sería objeto de otro trabajo en otra ocasión. La historia del Museo ya se ha contado en dos libros, pero los detalles, las conversaciones, el limosneo, la súplica y el “suplicatorio” son anécdotas que hay que contarlas aparte, cuando le venga bien al tema de que se trata como ahora lo hacemos con la referencia de los telares.

Diego Riquelme